

# Estudio sobre problemas de filosofía analítica\*

Study on the problems of analytic philosophy

Estudo sobre problemas de filosofia analítica

*Fecha de entrega: 15 de diciembre de 2013*

*Fecha de aprobación: 13 de junio de 2014*

*Héctor Fabio González\*\**

Alejandro Tomasini ha indicado, muy lúcidamente, la necesidad de pensar los problemas filosóficos en lengua castellana. Más aún, ha sugerido que es posible tratar los problemas propios de la filosofía analítica por medio de la lengua castellana y que, por otra parte, es necesario en nuestro continente pensar los problemas y enfrentarlos analíticamente. Independientemente de su alcance teórico, el mérito del libro que presentamos, *Lecturas analíticas: una introducción a temas y problemas de la filosofía analítica*, apunta a esa dirección.

El libro del profesor Santamaría busca ofrecer un panorama de los temas y discusiones de la filosofía analítica, por un lado, y e introducir a profesores y estudiantes una concepción analítica de la filosofía, por el otro. El primer capítulo, “Frege: nombres,

---

\* Santamaría Velasco, F. (2011). *Lecturas analíticas: una introducción a temas y problemas de la filosofía analítica*. Bogotá: Editorial Bonaventuriana. Número de páginas. ISBN.

\*\* Docente e investigador de Universidad de San Buenaventura de Bogotá. Especialista en Filosofía Contemporánea y Licenciado en Filosofía. Integrante de los grupos de investigación Kairós y Devenir. Miembro de la Red de Culturas en América Latina y el Caribe. Correo electrónico: hfgonzalezg@gmail.com

significado y filosofía”, muestra la importancia de Frege como uno de los iniciadores, y tal vez el principal, de la preocupación por el lenguaje; particularmente, en este capítulo, se explora la cuestión sobre los nombres propios y el problema de la referencia. Santamaría asume, en este libro, que estos dos asuntos son siempre de obligatorio tratamiento.

Así, lo que caracteriza los inicios de la filosofía analítica no es el protagonismo de los pensadores, sino la preeminencia de sus planteamientos. Este capítulo determina también el curso de las exposiciones posteriores. El capítulo “Russell y el problema de la referencia”, continúa el rastreo del problema de la referencia y muestra la distancia de la aproximación de Russell con los tratamientos en torno a la intencionalidad, al poner énfasis en la extensión de los nombres.

Este asunto será de particular importancia al plantearse más adelante la cuestión sobre la validez de la pragmática o de la asunción pragmatista del lenguaje en el caso de Kripke. En esto, el autor no es ingenuo: sabe que la discusión está abierta. En este capítulo, se revisan también los alcances de los presupuestos russellianos en las investigaciones actuales. Si los problemas sobre la naturaleza de la referencia, las descripciones y la extensión son importantes en los inicios de la filosofía analítica, poner de relieve los objetos a los cuales se extiende tal tratamiento resulta de especial y paralelo interés.

En el capítulo “Moore: objetos imaginarios y existencia”, se prosigue en la discusión sobre la significatividad anclada a la referencia o a la existencia. Pregunta Santamaría, siguiendo a Moore: ¿cuál es la diferencia entre “los tigres domesticados existen” y “los tigres gruñen”? Este análisis se deriva en la imposibilidad de poner las cosas en el mismo nivel de los predicados sobre las cosas. No en vano reconocemos a Moore como uno de los precursores de los problemas desarrollados por Wittgenstein en el *Tractatus logico-Philosophicus*. Valga decir que esta puntualización es consecuencia de la tradición analítica: los pares Russell-Moore y Frege-Wittgenstein conforman dos líneas de trabajo diferenciadas y problemáticas a lo largo de los desarrollos posteriores.

Es por esta razón que, en los siguientes capítulos, “El concepto de ‘mundo’ en el *Tractatus* de Wittgenstein”, realizado en colaboración del profesor Héctor Fabio González, y “Wittgenstein frente a la búsqueda russelliana de un lenguaje lógicamente perfecto” sale a flote la distinción fundamental en la resolución de algunos problemas

filosóficos. La confusiones filosóficas proceden, precisamente, “[...] de esta clase de cuestiones de si lo bueno es más o menos idéntico a lo bello” (TLP 4.003).

Aunque el libro se presente como una introducción, no se queda en la superficialidad ni en el facilismo del recuento. A pesar de la distancia cronológica con algunos autores, el autor gana terreno en la actualidad de los debates que afronta. Los capítulos siguientes son consecuencia de su exposición del tema de la referencia, el referir o las teorías referencialistas. Así, puede hacer una presentación de Searle, Strawson y Kripke. Haberse detenido en la manera en que Russell y Frege afrontan este problema permite comprender la discusión contemporánea de estos autores.

Tal vez por esta razón, y guardando cierta secuencia, el siguiente capítulo, “Putnam: el significado del ‘significado’”, aborda la cuestión de si un hablante competente, cuando intenta en efecto comunicarse, debe dar cuenta necesariamente de todos los detalles lógicos inherentes a su expresión. En esto, también Santamaría se suma a las alertas sobre la exageración del análisis lingüístico y le da énfasis a la necesidad de reconocer las prácticas discursivas como construcciones de significado que no requieren el conocimiento de rigor y el detalle de la naturaleza del lenguaje. Santamaría redondea la cuestión con la siguiente pregunta, un tanto irónica: ¿qué se supone, entonces, que debe saber un individuo para poder hablar con facilidad de algo? Parece ser, pues, que el desarrollo de una posible respuesta está en el último capítulo, “Posibilidades de la filosofía según Waismann”, también escrito en colaboración con el profesor Héctor Fabio González. A pesar de la clara y decidida apuesta por los problemas del lenguaje, la filosofía analítica o, mejor, una concepción analítica de la filosofía no puede —y esta es la advertencia del capítulo— empantanarse sobre el presupuesto de que la filosofía es solo análisis del lenguaje.

Por eso, es de subrayar aquí que quien se queda en esta forma de análisis es porque ya nada tiene que decir (siguiendo a Waismann). Esta alerta supone también mantener la sospecha para no caer en la trampa de erigir a la filosofía analítica como una perspectiva, un movimiento o una escuela, sino más bien en una terapia que rompe con el embrujo de pensar que podemos pensar más allá de los límites de nuestro lenguaje. El aire de familia que acompaña este tipo de filosofía ha sido el de aportar a la formación de la actitud crítica, aquella fundada desde los antiguos y que ha propiciado lo que hoy entendemos por filosofía.

Hay un alcance importante en todo esto. En la década de los setenta, el profesor Anthony Kenny se lamentaba de que paradójicamente la apreciación de la obra de Wittgenstein era inversamente proporcional a su difusión. Por esto, muchas de sus ganancias estaban a punto de perderse para siempre. Esto resultó premonitorio, y muy especialmente para la filosofía de nuestros días, que se vanagloria de la superstición y la erudición. Es más fácil apostar por una filosofía de las emociones —y no sabemos qué cosa sería esa— que por el rigor del ejercicio crítico. Este libro marca un paso decisivo en la consecución de otra manera de hacer filosofía, divergente, porque si todos pensamos lo mismo, nadie piensa mucho.